

P

El presente
del pasado

BOLETÍN DEL OBSERVATORIO DE HISTORIA, A.C.

elpresentedelpasado.wordpress.com

NÚMERO 11, 3 de diciembre, 2012

☞ LUNES 26

La tumba de O’Gorman

Jorge Domínguez Luna

El jueves pasado, 22 de noviembre, se llevó a cabo la ceremonia de inhumación de Amalia González Caballero de Castillo Ledón, Edmundo O’Gorman, María Izquierdo y José Pablo Moncayo en la “rotonda de las personas ilustres” del panteón de Dolores. Evidentemente, el interés en la noticia se debe a la inclusión del historiador proveniente de una familia de origen irlandés.

Analicemos el episodio en dos vertientes: una, la instalación de O’Gorman en la historia de bronce; la otra, el uso del discurso histórico por parte del secretario de Gobernación, Alejandro Poiré. Sobre el primer punto habrá que decir que no se cuestionan los méritos de don Edmundo para ser merecedor de un homenaje por parte del estado mexicano; empero, parece cruel que la manera de hacerlo sea mediante la instauración de su nombre en la historia oficial,

aquella que nos cuenta cómo los grandes hombres —y unas cuantas grandes mujeres— han construido y destruido este país, incluso desde antes que fuera tal. Una historia que se presenta formada por cadáveres y piedras; no la historia-como-vida que predicaba el historiador homenajeado.

En el segundo caso, y siguiendo con el manejo oficialista de la historia, es notable la cantidad de referencias hechas al pasado, su utilidad e importancia. En un discurso de más-menos 1 500 palabras organizadas en 32 párrafos, Poiré realizó diez alusiones a la historia con frases como “la historia de nuestro país”, “nuestro derecho histórico” y “homenaje a nuestra historia”, entre otras. Lo que resulta incomprensible del asunto es que la historia a la que se refirió el encargado de la política interior del país parece ser la misma que promovía el estado mexicano-priista antes del año 2000 y es la misma historia a la que aludían los spots utilizados por la ex candidata presidencial de Acción Nacional para desacreditar a su adversario en la contienda electoral. Es de lamentar que el discurso para home-

najear a Edmundo O’Gorman no haya contenido un pizca de su visión sobre la historia.

Finalmente, no deja de ser extraño que en un breve periodo de tiempo dos renombrados historiadores (Miguel León Portilla y Edmundo O’Gorman) hayan tenido encima los reflectores de la prensa nacional; especialmente si pensamos que en este país no se concibe a los profesionales del pasado como actores sociales de gran relevancia.

Desafortunadamente, en ninguno de los casos puede pensarse en un beneficio para la práctica historiográfica o para el gremio iniciado por Heródoto. Las apariciones públicas de ambos historiadores —físicas o no, voluntarias o tampoco— sólo han contribuido a reforzar la idea que se tiene del historiador y su trabajo en el imaginario popular: como legitimador de gobernantes por muy cuestionables que éstos sean, como autores de una narración nacional que nos da sentido y nos explica a todos por igual.

Nos hemos quejado de la falta de atención hacia los historiadores y a lo

que tenemos que decir, pero parece que cuando las oportunidades se dan, no se aprovechan; por lo menos, no en el sentido que desearía este Observatorio de Historia. De ahí la motivación para conformarnos como un grupo de trabajo. 🍷

↔ MARTES 27

Usufructo del pasado

Sergio Miranda Pacheco

El sexenio de la salud, el sexenio de las obras de infraestructura, el sexenio de la estabilidad macroeconómica, el sexenio del desempleo, el sexenio del presidente ilegítimo, el sexenio del fraude electoral, el sexenio de la muerte, el sexenio de... epítetos todos difundidos en los medios tratando de definir los años en que Felipe Calderón Espinosa (digo, Hinojosa) fungió como jefe del poder ejecutivo federal. La brecha entre lo que los gobiernos liberales dicen haber hecho y estar haciendo en beneficio del país y lo que la sociedad realmente necesita es abismal y no parece tener fondo.

Simple y sencillamente aquí, y en el resto del mundo, el gobierno —con la complicidad de la clase política, financiera y empresarial— no tiene al bienestar de su sociedad como horizonte de sus acciones. “La estabilización de la economía —publicó en 1993 Pedro Aspe— a partir de un manejo realista del presupuesto, la privatización de empresas paraestatales, la reforma fiscal, la desregulación económica, la reforma financiera, la liberalización del comercio, la renegociación de la deuda externa y el fortalecimiento de la tenencia de la tierra, es el nuevo camino con el que el pueblo de México y su gobierno están llevando a cabo una ambiciosa reforma del estado.”

Lo que han llamado y siguen llamando los neoliberales la *reforma* del estado no ha sido otra cosa que su disolución, en tal medida que hoy día

con los saldos institucionales de ese estado no ha sido posible garantizar el crecimiento económico ni el bienestar de la sociedad y, mucho menos, la paz, ni la seguridad ni el libre tránsito de sus ciudadanos. Por el contrario, el futuro de los mexicanos, además de hipotecado, es sombrío.

Al cinismo y al autismo de los defensores a ultranza de la reforma (destrucción) neoliberal del estado posrevolucionario —y de sus beneficiarios—, se suma el sinsentido de la celebración del aniversario del inicio del que fuera su proceso histórico fundacional: la revolución mexicana. No es que años antes tuviera sentido que el gobierno en turno y la clase política celebraran esa gesta histórica. La diferencia hoy en día estriba en que los gobiernos pre-neoliberales tenían un margen de decisión que hoy no tienen y la sociedad de entonces disponía de satisfactores que hoy le resulta cada vez más difícil sostener (salud, educación, empleo, alimentación, seguridad). Ciertamente, en esos años también gobierno y sociedad se sumergieron en la fantasía del poder omnímodo del estado y en las aberraciones políticas y sociales que eso produjo: autoritarismo, corrupción, pobreza, y silencio criminal frente a las injusticias del sistema.

Las celebraciones entonces del 20 de noviembre ocultaban esa realidad y eran el intento oficial por refrendar el pacto entre sociedad y gobierno. Hoy día siguen ocultando las aberraciones producidas por la sobada reforma del estado, pero amplios sectores de la sociedad ya no acuden a ellas sencillamente porque el estado neoliberal no tiene nada que ofrecerle.

Patética e insulsa es entonces la celebración de la revolución por parte de quienes se han encargado de pulverizar el orden social e institucional que produjo, al que han reemplazado con mayor pobreza, desigualdad, corrupción, impunidad, desorden y desintegración social e inseguridad. Creo

que los neoliberales mexicanos por lo menos deberían tomarse la molestia de inventar su propio pasado y no seguir usufructuando uno que no les pertenece, que no comprenden y que no honran. 🍷

↔ MIÉRCOLES 28

El Diablo en México

Itzel Rodríguez Mortellaro

*El pasado en México es persistente,
insistente en su cuota de sangre inocente*

Carleton Beals,

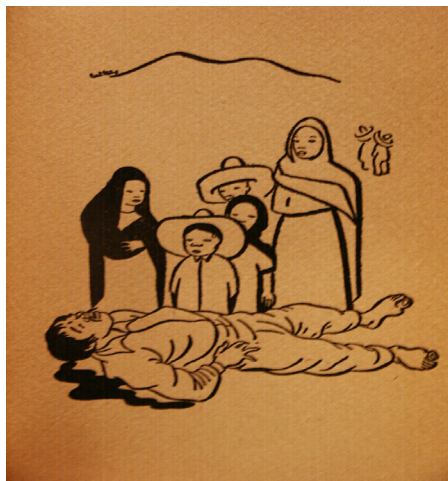
Mexican Maze (1931)

Autoridades de Estados Unidos emitieron alertas a sus ciudadanos que planeen viajar a México: diecinueve estados de la república fueron señalados como peligrosos, por sus altos índices de violencia criminal. Paralelamente, la consultoría empresarial Vianovo y el *National Journal* dieron a conocer su encuesta sobre las actitudes de los estadounidenses hacia México: 72 por ciento de los mil entrevistados consideran que México es un país inseguro para viajar y 59 por ciento ven a nuestro país como “una fuente de problemas para Estados Unidos”. Con decenas de miles de muertos y familias enlutadas, desplazadas de sus hogares y atemorizadas ante la violencia e impunidad cotidianas es difícil establecer otros parámetros para referirse a nuestro país.

Hay datos duros detrás de las percepciones pero también arraigan en la mentalidad colectiva a partir de “imágenes” desarrolladas en el tiempo. La historia de los imaginarios entre México y Estados Unidos es añeja. Advertencias y condenas como las expresadas por el Departamento de Estado estadounidense y los ciudadanos encuestados no son novedad; se han difundido intermitentemente desde hace más de cien años. La idea de un “México bárbaro” ha tenido sus variantes según la época; pero si hemos

señalar un componente que permanece es éste: la certeza de una continuidad cultural entre el pasado y el presente.

En febrero de 2012, en una entrevista con *The Christian Post*, el pastor David Elijah, que también dirige un programa radiofónico en McAllen (Texas), declaró que la violencia en México “también está relacionada con antiguos ritos paganos que aún persisten en la región” ¿Trasnochado del siglo XIX? Puede rastrearse toda una legión de personajes que secundan esta idea. Por ejemplo, el periodista e historiador Carleton Beals determinó en 1931 que “el impulso ‘sanguinario y brutal’ [de los mexicanos] hunde sus raíces hasta la antigüedad indígena”. En términos similares a lo declarado por Elijah, el reverendo Jeremiah Gleeson escribió en 1935: “El corazón de la auténtica civilización es la religión y la religión de los aztecas era esencialmente sangrienta y canibal”.



Kim Schee, *Cantina 2* (1941)

The Devil in Mexico es un libro publicado en 1917, de Julian Larising Morrill, que alega exactamente lo mismo. En la literatura sobre México de viajeros estadounidenses generada después de la revolución se nota una obsesión por lo mexicano que se “regodea en la sangre”: abundan los relatos sobre sacrificios humanos, crímenes sangrantes en las iglesias, corridas de toros, hombres muertos y tirados a cielo abierto. Estas imágenes, la mayo-

ría generadas entre 1920 y 1940, contribuyeron a fijar la percepción norteamericana de un impulso de muerte como destino de los mexicanos. 🍷

🗨️ JUEVES 29

Los villistas de Knight

Pedro Salmerón Sanginés

MI nota anterior sobre Alan Knight suscitó numerosas respuestas en las redes sociales. Entre ellas destacaban un buen número de preguntas concretas sobre mis afirmaciones acerca de la parcialidad de sus fuentes, su falta de equilibrio y la inconsistencia de sus novedosas e interesantes aportaciones cuando una las mira por los pies. También pareciera, por algunas respuestas, que es válido demostrar las inconsistencias de quienes escriben historia fuera de la academia, pero que no lo es tanto hacerlo de la misma manera con los académicos, siendo que buena parte de las ideas de los “desmitificadores” son vulgarizaciones del trabajo de académicos revisionistas a veces tan poco consistentes como Knight.

Por mor del espacio, y porque creo que basta con un ejemplo, mostraré parte de los errores que comete Knight al presentar a lo que llama el “núcleo” villista y las razones por las que tal cantidad y tipo de errores, invalidan, según creo, sus conclusiones.

Como había dicho mi entrega del 15 de noviembre, la extremadamente generalizadora —y no fundamentada— definición de Knight de las revoluciones “serranas” le sirve para explicar y encajonar al villismo (*La revolución mexicana*, vol. II, pp. 143-154). Pero cuando quiere aterrizarla comete los errores que he mencionado; de ese modo, al responder a la pregunta “¿quiénes pertenecían a esa facción todopoderosa?”, presenta a José y Trinidad Rodríguez como hermanos que habían conocido a Villa desde la primera década del siglo y que llegaron a

la jefatura militar por derecho propio, capitaneando la brigada Cuauhtémoc en “su distrito natal de Huejotitlán”. En realidad, Trinidad Rodríguez era un ranchero acomodado de la región de Huejotitán, distrito de Hidalgo, y era jefe de la brigada Cuauhtémoc; mientras que José E. Rodríguez, jefe de la brigada Villa, era hijo de campesinos pobres de Satevó, distrito de Benito Juárez.

Asimismo, Knight convierte en duranguense a Nicolás Fernández, oriundo de Valle de Allende, Chihuahua, donde vivió y trabajó y donde se hizo amigo de Villa y Urbina antes de la revolución. Hace de Fidel Ávila un “capataz de hatos de San Andrés”, según lo cual, el futuro gobernador de Chihuahua (nacido y radicado en Satevó) habría sido capataz de los —inexistentes— hatos de un pueblo libre y no, como lo era, de una hacienda.

Sumo y sigo: dice que “el principal jefe villista en Jalisco, Juan Medina” era un ex herrero “muy tonto y simple”. En realidad, Juan Medina era un ex oficial federal que fue jefe de estado mayor de la brigada Villa en 1913; el jefe de los villistas jaliscienses era Julián C. Medina, que sería “muy tonto y simple” para algún cónsul de su majestad británica. Y podríamos sumar otras imprecisiones sobre personajes como Rosalío Hernández, Santiago Ramírez y otros más, además de comentar su infundado afán por convertir a Manuel Peláez en parte del “núcleo” villista (todas estas imprecisiones en el vol. II, pp. 827-830).

Knight yerra otra vez cuando afirma en un párrafo en el que habla de los destacados maderistas que ocuparon posiciones importantes en el villismo: “Abel Serratos (revolucionario fracasado en 1910) y Emilio Sarabia (gobernador de Durango en 1912) asumieron la gubernatura en Hidalgo y San Luis Potosí, respectivamente”. La verdad es que Serratos fue gobernador de Guanajuato, no de Hidalgo, y quien fue gobernador maderista de Duran-

go en 1912 fue el licenciado Emiliano (no Emilio) G. Saravia y Murúa, no su hijo, el general Emiliano G. Saravia Ríos, gobernador villista de San Luis Potosí, en 1915 (vol. II, p. 847).

¿Cuál es el resultado de esto? La incapacidad de entender a un movimiento al que no estudia en sus fuentes (reiteramos el ejemplo de la anterior entrada: en 45 referencias sobre las batallas del Bajío, cita sólo dos veces fuentes villistas, ambas secundarias) le permite repetir y hacer suyas las afirmaciones que ya habían hecho, desde 1917, quienes combatieron con las armas en la mano al villismo, sólo que con empaque y autoridad académicos.

Entre tantos problemas, hay que señalar uno: a la hora de nombrar a los personajes del “núcleo” que le permiten definir al villismo, Knight no hace explícito ningún criterio de selección. Tras darle vueltas y barajar sus nombres llegué a una conclusión: están quienes le permiten definir al villismo como “serrano”, algunas excepciones de sus aliados “clasemedieros” y son minimizados los de origen obrero y agrarista. Así, elude las historias de vida de aquellos villistas con clara trayectoria de liderazgo agrario (como Calixto Contreras, Toribio Ortega o Porfirio Talamantes) y convierte en rancheros a obreros y campesinos pobres, como José E. Rodríguez.

Digamos también que, en contra de lo que él cree, más de la mitad de los dirigentes duros del villismo provenían de los valles del semidesierto de Durango y de la comarca lagunera: la región serrana de Durango era el área de influencia de los hermanos Arrieta, enemigos de Villa, mientras que la región serrana de Chihuahua fue, hasta

bien entrado 1913, “el país de Orozco”, donde los villistas carecían de base social. 🍷

🔗 VIERNES 30

¿Aprender historia sin leer?

Alejandro Herrera Dublán

Vincular un buen desempeño en el proceso de enseñanza-aprendizaje de la asignatura de historia con las habilidades de lectoescritura es, cuando menos, una práctica común, aunque quizá sea de las más extendidas y también menos cuestionadas.

Sabiendo que la media de la población mexicana muestra serias carencias de hábitos lectores, ¿los participantes en ese proceso hemos adoptado las medidas más pertinentes para afrontar las consecuencias de tan arraigado criterio?

¿Es lógico asumir que, bajo las condiciones materiales de la sociedad mexicana actual, la institución escolar que en ella se gesta llegará a producir un día un “país de lectores”? ¿Será que la campaña del Consejo de la Comunicación tendrá más efectividad que todas las estrategias tomadas por los maestros que creemos en las bondades de la lectura?

Para el caso de la asignatura de historia, ¿deben ser los libros la principal herramienta en la construcción de su conocimiento? Si no es así, ¿qué estamos haciendo para diversificar los medios de acceso a tal saber? Si todos hacemos historia con nuestra sola existencia, ¿no deberíamos problematizar el conocimiento histórico a partir de cualquier actividad humana y no sólo de la historiografía?

Puesto que la historia es, a un tiempo, presente, pasado y futuro, tendríamos que aprovechar que aún las visiones más puerilmente presentistas jamás podrán deshacerse de su pasado ni ocultar sus pretensiones futuras y que son estas visiones las que ya educan extracurricularmente a toda la

sociedad, de manera masiva y con una aceptación que la lectura no alcanzará quizá nunca: a través del cine, la música, la publicidad, los deportes... y con el *iphone*, el *kinect*, la *tablet* o el *blu-ray*, sin faltar por supuesto la televisión.

¿Es posible utilizar el *Sangam Style* para adentrarnos en las vicisitudes de la guerra fría o para valorar las posibilidades de una confrontación nuclear futura? Si concedemos que la lectura no es el principal medio para *in-formarnos*, ¿no estamos abriendo la posibilidad de enseñar y aprender semántica —o hermenéutica, para la historia— desde la publicidad en un cartel nazi o del comercial “Escribe el futuro” de Nike? Al fin y al cabo, la historia es vida, no sólo lectura ni, mucho menos, historiografía. 🍷

🔗 SÁBADO PRIMERO

Nostalgia por el viejo PRI

*Halina Gutiérrez Mariscal
y Luis Fernando Granados*

Desde el primero de diciembre de 1994 México no presenciaba a un priísta recibir la banda presidencial (aunque esta vez, con la restricción a medios y periodistas, no puede llamarse a presenciarse en el sentido estricto del término). Cuando, en el año 2000 la gente salió a las calles a festejar el triunfo de Vicente Fox, pero sobre todo la derrota del PRI, poco nos imaginamos los ciudadanos que sólo dos sexenios después habríamos de tener instalado en Los Pinos a aquel partido; de nuevo y con todo lo que su regreso representa.

Las muy desastrosas y hasta penosas administraciones panistas consiguieron lo que parecía imposible: el regreso del PRI a la presidencia de la república. Aún deberemos esperar para saber si este “nuevo” PRI desplegará lo que sabe sobre el ejercicio del poder —saber acumulado en 70 años de monopolio del ejecutivo—, o si en efecto se trata de un PRI *nuevo*, que llega al

Esta *newsletter* es una publicación semanal del Observatorio de Historia, A. C., donde se recogen los textos aparecidos en elpresentedelpasado.wordpress.com
Sus editores son Halina Gutiérrez Mariscal y Luis Fernando Granados.
Toda correspondencia debe dirigirse a observatoriodehistoria@gmail.com

poder con todas las deficiencias características de la impericia, la ignorancia y la vulgaridad de quien espera usar el poder a discreción y quien, con el uso de la fuerza por delante, no ha dejado de violar derechos constitucionales y sobre todo no ha dejado de atropellar a la ciudadanía.

Protegido por un inmenso y absurdo cerco metálico, levantado con una semana de anticipación en torno del recinto en donde recibirá la banda presidencial, Enrique Peña Nieto parece tener, más que miedo, la convicción de que actuará ante cualquier suceso que parezca atentar contra su autoridad y su gobierno como lo hizo hace seis años en San Salvador Atenco: con fuerza desmedida e irracional, con el cinismo que da la impunidad.

Rompiendo con los modos y recorridos que en otros tiempos siguieron otros presidentes electos, cuando —rodeados de su gente y de la gente (acarreados, sin duda, pero gente al fin y al cabo)— hacían del traspaso de poder casi una liturgia pública, legitimadora, de unción, Peña Nieto se atrinchera, se esconde de los medios, cerca el Congreso y se niega a escuchar y mirar a una ciudadanía que, para bien y para mal, representa a partir de ahora. Aquellos “baños de pueblo” que los antiguos presidentes se daban en tan memorables ocasiones —aunque fuera para la foto— han quedado desplazados por una distancia impuesta, militar; una distancia arrogante.

Así, aun antes de serlo, el nuevo presidente de la república parece haber marcado una distancia con el viejo PRI y aquellos gestos simbólicos en los que sustentaba su discurso social. Se trata de una distancia tanto de fondo como de forma, y por ello nueva y ominosa. Sobre todo ominosa. 🍷

↔ DOMINGO 2

El futuro de la represión

Diana Barreto Ávila, Halina Gutierrez
Mariscal y Luis Fernando Granados

Decenas de heridos, un centenar de detenidos, un puñado de bombas molotov y la destrucción de tiendas en un par de aceras de la ciudad de México (más o menos) parecen poca cosa comparadas con el saldo humano y material de algunos de los enfrentamientos que todavía hoy se recuerdan y construyen como paradigmáticos del modo priista de gobernar.

Frente a la represión de los ferrocarrileros a fines de los años cincuenta y la de los estudiantes universitarios en 1968, o respecto del ataque contra la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca y contra el pueblo de San Salvador Atenco, en efecto, los combates callejeros que definieron el primer día del gobierno de Enrique Peña Nieto podrían parecer sucesos insignificantes, incidentes menores que apenas merecerán ser recordados en un futuro remoto.

Quienes participaron en, fueron testigos de, o tuvieron noticia inmediata de los sucesos del primero de diciembre de 2012 tienen por supuesto una impresión distinta: el sabor de los gases lacrimógenos en San Lázaro, la visión de un policía sangrante a una cuadra de Bellas Artes, la sensación de arrojar una reja metálica contra los protectores del Palacio Nacional, el placer de destruir las ventanas del Starbucks de avenida Juárez o los escalofríos provocados por los toletes y los cascos y los escudos de los cientos de policías antimotines desplegados de manera incesante por el centro de la ciudad —por no hablar del torrente de imágenes que la televisión y los periódicos difundían casi de inmediato— constituyen experiencias a la vez irrepetibles y trascendentes, momentos que definen o reafirman ideas, miedos, convicciones, expectativas.

Acaso no lo será para nadie como para Uriel Salazar Díaz, el estudiante de la UACM a quien la esquirla de una granada de gas lacrimógeno disparada por la policía a las afueras de la Cámara de Diputados le pegó en la cara, y que

muy probablemente perderá un ojo. (Véase la crónica de *Animal Político*.)

Para el conjunto de la sociedad y para el futuro del país, el problema es de otro tipo, aunque es igualmente significativo. ¿Cómo recordar los sucesos? ¿Cómo y para qué nombrarlos? La movilización y la represión del primero de diciembre no terminarán de conformarse como hechos históricos sino hasta que se produzcan las palabras que las supuestamente las describen y los argumentos que en apariencia las explican.

Por eso es indispensable cuestionar el modo en que la mayor parte de la prensa y la televisión, así como el gobierno del Distrito Federal y la Secretaría de Gobernación, han comenzado a referirse a los sucesos. “Actos vandálicos”, “provocaciones”, “hechos de violencia”, “motines” o “atentados contra la ciudad”, no son por supuesto términos inocentes; más bien evidencian una voluntad estigmatizante, el deseo de disminuir el valor simbólico de los actos de frustración de los manifestantes y de los gestos autoritarios de la policía.

¿No sería más conveniente hablar de *rebeldía* e *intolerancia* en lugar de reducir todo a una anomalía? ¿Qué pasaría si se pusiera el acento en la provocación policiaca que se inició con la construcción del cerco de San Lázaro o se resaltara la fluidez espacial y política entre manifestantes “pacíficos” y “violentos”? ¿En qué medida en la doble movilización puede percibirse un cambio en la manera de resistir al gobierno de Peña Nieto (y del DF)?

En muchos sentidos, la política es el arte de la memoria, de la construcción de discursos sobre el pasado. Advertir el carácter de la violencia policiaca, comprender la desesperación de quienes ayer se lanzaron contra murallas metálicas, filas de granaderos y vidrieras comerciales, no puede por ello ser nada más un asunto político. Es también una manera de entender la historia y su ejercicio. 🍷

OM

OBSERVATORIO **D** HISTORIA, A.C.



observatoriodehistoria.wordpress.com